

# ARTE ANTIGUO Y MEDIEVAL

*J. Antonio Ruiz Hernando*

**A**UNQUE la presencia del hombre en tierras de Segovia está atestiguada desde muy antiguo, sus producciones artísticas, bien en el campo de las artes plásticas bien en el de la cerámica y otros objetos, no alcanzan la entidad suficiente como para ser tratadas en una rápida ojeada a la historia del arte en Segovia.

Muy otro es el caso de Roma. Al margen de las villas, repartidas por el agro segoviano, queda un singular edificio de ingeniería hidráulica, pieza capital entre las conservadas de su género en todo el orbe romano. El Acueducto, del que Segovia ha hecho su símbolo al plasmarle en su escudo de armas, y que surtió de agua a la población hasta tiempos muy recientes, fue construido a fines del siglo I o principios del II. Conservado casi en su integridad, a lo largo de sus 18 kilómetros, salvo aquellas reformas que la necesidad del uso hicieron imprescindibles, aún asombra por su audacia y galanura. Es en el Azoguejo, el punto donde alcanza mayor altura, donde se comprende que en toda obra de ingeniería se puede lograr un alto grado de belleza cuando el artífice sabe compaginar funcionalidad y estética.

Un enorme vacío, un gran silencio documental, se extiende desde Roma hasta la Repoblación, lo que no significa ausencia del hombre y de su industria. Tal vez lo más interesante, desde el punto de vista que nos ocupa, sean los numerosos objetos de adorno personal de los visigodos, en especial broches, hallados en las necrópolis de Castiltierra, Madrona, etc., ajuares que constituyen uno de los fondos más notables del Museo de Bellas Artes de Segovia.

También el Islam brilla por su ausencia. No fue tierra grata para aquellos hombres procedentes del sur. Excepto el capitel califal (Museo Arqueológico Nacional de Madrid) y otro del mismo tipo, muy pequeño, que tal vez perteneciera a la desaparecida iglesia de San Cebrián, nada queda en la provincia, si bien su mundo se hará notar con fuerza en el arte del siglo XV.

## EL ROMANICO

Casi se puede afirmar que la historia del arte en Segovia se inicia con la de su debatida repoblación a fines del siglo XI. Al margen de los problemas históricos que ésta plantea, de lo que no hay duda es de la abundancia de arquitectura románica esparcida por toda la provincia, con dos puntos cruciales, Sepúlveda y Segovia, de los que irradian las fórmulas constructivas y decorativas. Por lo general, y salvo contadas excepciones, las iglesias son edificios de mediano tamaño y de una sola nave.

De entre las sepulvedanas destacan El Salvador, fechada en 1093, y la Virgen de la Peña, patrona de la localidad, claros exponentes de lo más singular de este románico. Ambas son de una nave, articuladas las paredes con arquerías ciegas, y abovedadas con medio cañón sobre fajones. Deseo resaltar este hecho porque en el resto de la provincia, a excepción de la cuenca del río Duratón, es inusual tal procedimiento. El segundo elemento característico es el atrio, galería porticada que recorre el lado sur del edificio y que se popularizará en el románico segoviano y en las provincias limítrofes. El atrio servía para una serie de funciones religiosas y civiles y su origen, aunque cuente con antecedentes en San Miguel de Escalada o San Salvador de Valdediós, ha sido muy discutido. Para algunos, el primer atrio de la arquitectura románica castellana es el de San Miguel en San Esteban de Gormaz; para otros, este de El Salvador. Sea como fuere, esta galería, abierta por lo general en el costado sur, el más soleado, se convertirá en la señal distintiva del románico segoviano.

Ambas iglesias fueron provistas de robustos campanarios separados de la nave. El de la Virgen de la Peña está firmado y fechado por Dominicus Juliani en 1144.

Más al oeste de Sepúlveda, sobre los escarpados márgenes del Duratón, y en un paisaje de asombrosa belleza, se alza la ermita de San Frutos, patrón de la diócesis, fechada en 1100, que repite la estructura de El Salvador, como lo hace aguas abajo del río la iglesia de San Miguel en Sacramenia. La hermosa y dorada piedra de Sepúlveda les presta nobleza a estos edificios, muy bien integrados en el paisaje.

Si bien la data asignada a las iglesias sepulvedanas coincide con el apogeo del románico pleno, el origen tal vez haya que remontarlo a fechas anteriores, como así parece deducirse de la iglesia arruinada de Santiago, sobre cripta abovedada que corre a lo largo de toda ella.

El segundo foco es Segovia. La ciudad fue «repoblada» oficialmente por el rey Alfonso VI en 1088. A partir, pues, de esta fecha habría que considerar la arquitectura románica en la ciudad. Sin embargo, los recientes estudios históricos están de acuerdo en que el acto del rey consistió más bien en dotar de entidad jurídica a los habitantes, prosiblemente escasos, repartidos entre la roca y los valles que constituyeron la ciudad y los arrabales. Viene a confirmar la persistencia de la población la mención documental de algunas iglesias de extraña advocación —San Gudumián— y los restos de edificios que, al menos, deberíamos incluir dentro de lo que se denomina primer románico, es decir, antes de 1075. Las excavaciones llevadas a cabo recientemente en San Lorenzo y la Santísima Trinidad han puesto al descubierto muros de cal y canto, enlucidos al interior y al exterior, sobre los que se construyeron los actuales templos. Más aún, el insólito campanario de San Millán, con las ventanas de arco de herradura y bóveda de nervios, remite a modelos más antiguos.

Sin duda que, una vez organizadas la vida y la administración ciudadanas, se produjo una gran actividad constructiva prolongada hasta el siglo XIII, que quedó de manifiesto en las numerosas iglesias con que llegó a contar Segovia. Son iglesias de una nave, pero frente a Sepúlveda, que construye con sillería y aboveda, en Segovia se prefiere la mampostería y la cubrición con madera. La existencia en la ciudad y al sur de ella de mudéjares supuso la fuerte presencia en el románico no sólo de las armaduras, sistema constructivo que diferencia esencialmente el románico segoviano del sepulvedano, sino también de las bóvedas califales —San Millán y la Vera-Cruz—, del alfiz, canes de rollos, pintura de lazo, etc.

La más hermosa de las iglesias segovianas, y la más grande también, pues consta de tres naves, es la de San Millán, en el arrabal de su nombre. Es de buena sillería y siempre se la ha puesto en relación con la catedral de Jaca. La alternancia de soportes demanda armadura y, efectivamente, aún se conservan fragmentos del alfarje, uno de los ejemplares señeros de la carpintería islámica del momento.

La vetusta iglesia de San Martín, ya citada en 1103, nos ofrece la singularidad de su planta; espacio cuadrado dividido en nueve tramos, de claras resonancias bizantinas. Las bóvedas de ladrillo, en las que alternan sabiamente los medios cañones con las aristas, son únicas en la ciudad —la de medio cañón de la Santísima Trinidad se hundió— y nos dicen de una inteligente solución constructiva. Con posterioridad se añadieron crucero, ábsides y atrios.

La Vera Cruz, al borde del camino que lleva a Zamarramala, destaca tanto por la originalidad de su estructura como por las sugerencias, de todo tipo, que suscita en el visitante, siempre proclive a lo mágico. Consta de dos recintos concéntricos y poligonales y triple ábside. El polígono central tiene a su vez dos pisos, con puertas en el inferior dirigidas a los cuatro puntos cardinales. Fue consagrada en 1208 y Lambert la incluye entre aquellas europeas pertenecientes a los templarios.

Casi todas las iglesias de Segovia están provistas de atrio, que fue adosado, como es norma y una vez construida la nave, al lado sur, pero, tal vez movidos por un deseo de magnificencia, añadieron otro al lado norte (iglesia de San Millán) y finalmente acabaron por unirlos por delante de la fachada occidental (iglesia de San Martín).

En cuanto a los campanarios, tampoco fueron proyectados en un principio, sino levantados años después que la nave. Por lo general, se sitúan junto al tramo recto de la cabecera o crucero y no faltan los que lo hacen sobre éste (la Santísima Trinidad y San Clemente), o sobre el tramo central de las naves (San Martín). El caso más insólito es el de la Vera Cruz, que se erguía aislado. La planta y alzado son los típicos de Castilla. Sobre un cuerpo ciego, otros de campanas. En las esquinas se dispone un bocel. Uno de los campanarios españoles más famosos es el de la iglesia de San Esteban, de airosa silueta y múltiples ventanas. Similar debió de ser el de San Juan de los Caballeros, a juzgar por los restos. Entre los construidos con ladrillo, destaca el de San Lorenzo.

Sepúlveda y Segovia fueron los centros desde los que irradió con fuerza esta arquitectura que llegó a cubrir toda la provincia. Al suroeste de la misma, en una zona llana de arenas y pinares, se produjo una modalidad arquitectónica con características propias, a la que con frecuencia se denomina mudéjar. De todos es sabido la identificación que se hace entre el ladrillo y lo musulmán, y así estas iglesias, construidas con rollo y ladrillo, han venido a llamarse mudéjares. Sin embargo, son idénticas en planta y soluciones espaciales a las construidas en piedra y, lo que es más curioso, si la existencia de la bóveda es una de las premisas del románico pleno, es en estos edificios y no en los del resto de la provincia, a excepción de Sepúlveda como hemos visto, donde se prodigó esta forma de cubrición. Y esto es así porque es más fácil, rápido y barato abovedar con ladrillo o encofrado que tallar dovelas. Ciertamente son diferentes de sus congéneres en piedra, pero lo son por el color. La alternancia del rojo del ladrillo y el blanco de los muros al interior y el gusto por la superposición de arquerías al exterior generan unos edificios llenos de viveza y alegría.

Cuéllar, la población más grande de la zona, conserva también el mayor número de iglesias. Ocupa el primer lugar la de San Andrés. Es edificio de tres naves, cubierta la central con armadura y las laterales con bóveda, y con la suerte de poseer una auténtica fachada occidental. San Esteban y San Martín son igualmente de tres naves, muy estrechas las laterales. La primera ostenta el ábside más hermoso de Cuéllar y la segunda, destechada, destaca por la decoración pictórica de su cabecera, en la que las líneas de almagre o negro refuerzan el aparejo.

Coca, Carbonero el Mayor, Campo de Cuéllar, Maderuelo, Aguilafuente, etc., son otros lugares donde pueden encontrarse iglesias o ermitas, pero entre todos cabe destacar Montuega, por lo peregrino de su planta —circunferencia que incluye un trébol—; Samboal, por su interior y campanario, y Pinarejos, por el atrio.

Finalmente, es obligado decir algunas palabras sobre el románico civil. Las murallas de Maderuelo, Sepúlveda, Fuentidueña, Cuéllar, Segovia, etc., fueron levantadas en plena pujanza del estilo y muestran rasgos evidentes del mismo, pero es en la arquitectura doméstica donde éste se manifiesta de forma palmaria. Viviendas románicas pueden verse en Sepúlveda o Maderuelo, pero es en Cuéllar donde se conserva el muy notable palacio que se dice de don Pedro el Cruel, con torre en el ángulo y ventanas con parteluz.

En Segovia se descubren cada día restos románicos al hacer obras. Entre los edificios mejor conservados descuella el palacio de don Alimán, la popular Torre de Hércules, hoy convento de Dominicas. Se trata en realidad de una fortaleza en cuyo lado norte se dispuso un palacio, de dos plantas, protegido por una fuerte torre, ya del siglo XIII. La torre, al igual que el resto de las viviendas románicas segovianas, está decorada con zócalos pintados, sobre los que volveremos.

Del mayor interés para la historia del urbanismo y de los complejos catedralicios medievales, que han llegado muy alterados a nosotros, es el barrio de los Canonjías, o de la Clastra, construido sobre un terreno donado por la ciudad a principios del siglo XII, vecino a la antigua catedral de Santa María. El barrio, provisto de todas las comodidades y privilegios, donde residieron los canónigos durante siglos, se aislaba de la ciudad mediante tres puertas que se cerraban al anochecer, de las que aún existe la denominada de La Clastra.

## Escultura y pintura

La escultura se nos ofrece en su doble vertiente, ya aplicada a la arquitectura o exenta, como imagen devocional. En el primero de los casos se explaya en los capiteles y cornisas, pero apenas existen portadas decoradas con tímpanos, reducidos casi al de la Virgen de la Peña (Sepúlveda), con Cristo en Majestad acompañado del Tetramorfos, y al de acceso al campanario de San Justo (Segovia), lleno de ingenuidad y con restos de color. De mayor interés son las estatuas columnas del pórtico de San Martín (Segovia), con representación de profetas.

En cuanto a la escultura exenta, son muy numerosas las Vírgenes sedentes con el Niño, de madera policromada, hasta el punto de que raro es el pueblo en que no se venera alguna, si bien enmascaradas con rostrillos y vestidos e incluso alteradas o cercenadas. En el palacio episcopal se guarda una buena colección con ejemplares procedentes de toda la provincia.

El hieratismo y la nobleza impregnan los Calvarios, antaño en las desaparecidas iglesia de Santiago y catedral de Santa María, que hoy engalanan la parroquia de San Esteban y catedral respectivamente y que pueden fecharse a finales del siglo XIII. Imagen muy popular en Segovia es el denominado Cristo de los Gascones (San Justo).

En cuanto a la decoración pictórica mural, ésta debió de alcanzar un gran desarrollo a juzgar por los restos conservados, que se acrecientan con nuevos hallazgos. El conjunto más notable es el que, proveniente de la ermita de la Vera Cruz (Maderuelo), se custodia en el Museo del Prado. Las pinturas, que recubren por completo paredes y bóvedas del ábside, son la más intensa imagen plástica del poder y la gloria de Dios, así como del papel otorgado a la mujer en la caída y redención del género humano. Más toscas, debidas a distintas manos y épocas, las de la cabecera de San Justo (Segovia) gozan del privilegio de conservarse *in situ*. Preside en el cascarón del ábside Cristo en Majestad, rodeado por los ancianos del Apocalipsis. Los muros y bóveda se cubrieron con escenas referentes a la divinidad y a la Pasión. El tercer conjunto, también en la ciudad, decora una capilla, del siglo XIII, en San Clemente. El tema representado es el de la genealogía de Cristo o árbol de Jesse.

## EL GOTICO

El comienzo del estilo gótico en Segovia va unido a la aparición, en los cuerpos bajos de los campanarios, de las primeras bóvedas de nervios y al establecimiento de la Orden del Císter.

Fueron muy escasos los asentamientos monásticos en la provincia, circunscritos casi todos a la capital. En 1141, a instancias del rey Alfonso VII, algunos monjes de Scala Dei (Francia) llegaban a un valle al este de Sacramenia para fundar una de las primeras casas de la Orden en España. Exclaustrada la comunidad en el siglo XIX, el monasterio pasó a manos privadas y su claustro fue vendido a Arthur Byne, quien lo trasladó a América en 1920. No hace mucho ha sido reedificado en Miami. Por fortuna se salvó la iglesia, de tres naves y muy singular cabecera de cinco ábsides, curvo el central y planos al exterior, pero curvos al interior, los otros cuatro.

Hacia 1220 aceptaba la reforma del Císter el antiguo monasterio benedictino de Santa María y Santiago, en Collado Hermoso, también desamortizado. Las naves, en ruinas, están abovedadas con medios cañones apuntados.

En la capital, el influjo del Císter se deja sentir en algunas partes del Alcázar y en los sótanos del palacio de Mansilla (Colegio Universitario).

Bien sea porque nada queda de los mercedarios, clarisas o trinitarios, bien porque apenas se construyera durante el siglo XIV, lo que fue común a todo el reino de Castilla, lo cierto es que la eclosión del gótico en Segovia se produjo a mediados del siglo XV. Ya antes, a finales del XIV, Catalina de Lancaster había fundado el monasterio dominico de Santa María la Real de Nieva. Sus naves de ladrillo perpetúan una tradición comarcal. La novedad está en la cabecera, levantada entre 1414 y 1432, y sobre todo en el claustro, muy arcaizante, con curiosas representaciones sagradas y profanas. Merece destacarse la portada, por ser una de las contadas muestras en la provincia anteriores al gótico flamígero.

Los Trastámara hicieron de Segovia una de sus ciudades predilectas y transformaron su Alcázar de rudo castillo en refinada residencia. Durante los reinados de Juan II y de Enrique IV, tan llenos de intrigas y caos, el Alcázar se convirtió en el refugio de la poesía y

la música. La ciudad no había alcanzado aún el máximo en su desarrollo industrial, pero en el aspecto cultural los años finales del siglo brillaron con intensidad.

Con independencia de la figura de Enrique IV, tan vinculada a la ciudad, y patrocinador de grandes obras, hay un personaje sobre el que se centra, y en torno al cual gira, el mundo de la cultura y del arte. Se trata de Juan Arias Dávila, hijo de Diego Arias Dávila, judío converso y contador mayor del rey, obispo de Segovia desde 1461 a 1497, al que su enemistad con Isabel la Católica le llevó a vivir desterrado en Roma, donde murió. De allí trajo a Juan Paris de Heidelberg, que imprimió en Segovia, en 1472, el *Sinodal de Aguilafuente*, primero de los libros publicados en España.

Por las mismas fechas hacía su aparición en Segovia Juan Guas, el arquitecto más relevante de la segunda mitad del siglo XV, quien se había iniciado en su arte con los artistas nórdicos que trabajaron en la catedral de Toledo. Juan Guas había venido a hacerse cargo de las obras de la iglesia de Santa María del Parral y encontró en el obispo un buen patrón.

Enrique IV comunicó a su favorito don Juan Pacheco, marqués de Villena, el deseo de construir un monasterio para la orden jerónima, por aquellos años en auge. Se encontró al lugar adecuado a orillas del Eresma, en el sitio en que había una ermita bajo la advocación de Nuestra Señora de El Parral. En 1477 llegaba la comunidad procedente de Guadalupe, pero hasta 1454 no se empezaron las obras, así lo afirma fray José de Sigüenza, monje profeso en esta casa.

El monasterio tiene dos partes, bien definidas, y en ambas se hace patente la dualidad del mundo artístico de fines del siglo XV: el gótico y el mudéjar. La iglesia es de una sola nave y capillas laterales, panteones de la nobleza segoviana, comunicadas mediante pequeñas puertas. Fue trazada por Juan Gallego, vecino de Segovia, quien dirigía las obras de la cabecera cuando le sorprendió la muerte en 1472; fue entonces cuando asumió la dirección Juan Guas.

La importancia que en la arquitectura castellana de fines del siglo XV y principios del XVI ha jugado esta iglesia ha sido por todos reconocida. La cabecera y brazos del crucero, con los muros oblicuos, tienden a configurar un espacio centrado, más patente aún en las bóvedas, al que se une una nave provista, por razón de su peculiar liturgia, de un coro a los pies. Para que los monjes pudieran seguir la misa desde éste, se dispuso el altar sobre unas gradas. Coro, altar sobre gradas y capillas laterales, he aquí la planta característica de la españolísima orden jerónima, que había de pasar a otras órdenes y perdurar en nuestra arquitectura.

Aguas arriba del Eresma, al otro lado del río, se halla el convento dominico de Santa Cruz. Su presencia en un lugar apartado y desértico se justifica por la santidad del mismo, pues allí Santo Domingo de Guzmán hizo penitencia y retiro. Sobre el antiguo convento románico, una de las primeras fundaciones dominicanas en España, los Reyes Católicos levantaron el actual. Se sabe por la documentación que ciertos canteros que obraban en la iglesia lo hacían al mismo tiempo en el claustro de la catedral, bajo la dirección de Juan Guas. Es, pues, más que probable la intervención de éste en Santa Cruz. En cualquier caso su portada, de complicada traza y refinada talla, está muy cerca de los cánones estéticos del maestro.

También empresa constructiva de estos monarcas fue el convento de San Francisco, en el Arrabal Grande, el sitio más populoso de la población, como convenía a la finalidad de los franciscanos. Desamortizado el edificio en el siglo XIX, pasó a ser la sede de la Academia de Artillería, para lo que fue preciso hacer grandes obras que respetaron el claustro, de doble galería de arcos rebajados.

No fue menor la actividad edilicia del obispo centrada fundamentalmente en su sede. La catedral de Santa María, construida a raíz de la repoblación, y situada frente al Alcázar, había llegado al siglo XV con su claustro en estado ruinoso. En 1473, Juan Arias encomendaba a Juan Guas las trazas de una nueva. Diez años después diseñaba la portada. Entre ambas obras se hace patente el camino recorrido por Guas. Salvadas de la destrucción ocasionada por la guerra de las Comunidades, fueron instaladas en la actual catedral y son ejemplos representativos de la época y autor.

Hasta aquí el gótico, lo occidental, pero decíamos líneas arriba que en El Parral se hacía explícita la dualidad estética del momento. Así, mientras en la iglesia triunfa el gótico y el naturalismo preciosista se despliega en la portada, las arquerías blancas y rojas del claustro, las ventanas de ladrillo aplanillado y la labor minuciosa de los artesonados —por desgracia en parte desaparecidos—, a los que con agudeza se refería fray José de Singüenza, proclaman aquella cultura que encontró en la Segovia de Enrique IV lugar propicio.

Por aquel tiempo, este rey amante de la soledad se había hecho construir un palacio de caza a las afueras de la población, palacio que habría de entregar poco después, en 1455, a los frailes franciscanos. Es el hoy monasterio de San Antonio el Real, habitado por clarisas. Por fortuna se ha conservado en muy buen estado y nos es dado admirar las hermosas techumbres que en El Parral desaparecieron. Si en el claustro de la Vicaría los arcos rebajados, de caliza, nos remiten a los Reyes Católicos y al gusto por una estética occidental, en el resto del convento las portadas de ladrillo aplantillado, los alfarjes, las cornisas, etc., respiran mudejarismo. Pero es en el claustro, de ladrillo enlucido de blanco y rojo, y en las armaduras de éste, sala capitular y en el soberbio ejemplar de la iglesia, donde se manifiesta en su esplendor el mudéjar.

Del que fuera palacio real de San Martín, habitación de Enrique IV, quedan algunos restos y unas excelentes portadas de yeso en la casa de los Mercado-Peñalosa. Del Alcázar, que llamara tanto la atención de los viajeros extranjeros, sólo las yeserías, y muy dañadas, pues el incendio de 1862 redujo a cenizas las techumbres, que hemos de imaginar, cuanto menos, comparables a las de San Antonio.

La muerte de Enrique IV en 1474 y la consiguiente ascensión al trono de Isabel la Católica coinciden con la llegada de Juan Guas a Segovia. El mudéjar de los palacios reales y del convento de El Parral dejó paso, como hemos visto, al gótico flamígero y este cambio se percibe incluso en la arquitectura doméstica, donde las fachadas de ladrillo y mampostería revestidas de esgrafiado —popular sistema de decoración en Segovia— se vieron sustituidas por las de granito.

El gótico en la provincia apenas alcanza relieve, si exceptuamos el convento de Santa María de Nieva, al que ya nos hemos referido. Las viejas parroquias románicas eran suficientes para la feligresía. Pocas sufrieron una restauración total —San Juan Bautista de Carbonero, San Pedro de Cuéllar— y casi siempre la renovación se redujo a la cabecera o a la construcción de alguna capilla familiar.

Sin embargo, en arquitectura civil se cuenta con el notable palacio de los Contreras, en Ayllón, con algunas armaduras, muy restauradas, y buena portada adornada con el cordón franciscano, motivo muy de la época.

En cuanto a la arquitectura mudéjar, es de destacar, aparte de las naves de Santa María la Real de Nieva, el claustro de San Pedro de las Dueñas. Algunas iglesias románicas sustituyeron sus desvencijados alfarjes por otros; Vegafría, Cedillo de la Torre —hoy en la capilla del Alcázar—, Aguilafuente, Zarzuela del Monte, etc., algunos ya del siglo XVI, pero de clara tipología medieval.

Para finalizar, es lógico decir algo sobre la numerosa aljama hebrea en Segovia, de la que resta la sinagoga de Corpus Cristi, que sufrió una brutal restauración a raíz del incendio de 1899. Las viejas fotografías la emparentan con Santa María la Blanca de Toledo. Hace pocos años se descubrieron restos de otra en la residencia de Jesuitinas.

## Arquitectura militar

No es proclive la arquitectura militar, por su naturaleza, al despliegue de galas ornamentales, sin embargo, pocos edificios atraen tanto la atención de los viajeros como la silueta de un castillo sobre un alcor y pocos evocan con tal fuerza y son tan representativos de la Edad Media como éstos.

El más popular y conocido, hasta el punto de que su imagen ha dado la vuelta al mundo, es el Alcázar de Segovia, pero, en verdad, es el menos castellano. Su historia, que se documenta ya desde el siglo XII, es una serie ininterrumpida de reformas y ampliaciones, entre las que sobresalen las llevadas a cabo por los Trastámara y la de Felipe II al proveerle de tejados de pizarra. A Juan II se debe la imponente torre de su nombre, quintaesencia de la prestancia militar y modelo para otras neogóticas.

Son escasos los restos de los castillos de Sepúlveda, Fuentidueña, Maderuelo, Ayllón o Laguna de Contreras, todos románicos. Del de Pedraza, que perteneció a los Condestables de Castilla, la cerca externa y alguna portada románica.

En 1464 Enrique hacía entrega de la villa de Cuéllar y de su castillo a don Beltrán de la Cueva, quien debió de realizar grandes obras en él. Es de planta rectangular, con potentes cubos. El tercer duque de Alburquerque construyó, a mediados del XVI, su interesante patio renacentista.

A la mitra segoviana pertenece el de Turégano, muy bien conservado, a excepción de la cortina poligonal, de tapial, que le rodea. En el centro de la misma se edificó, en el siglo XIII, una iglesia dedicada a San Miguel y, envolviendo a ésta, la actual fortaleza. Los

adornos de bolas y el hecho de que se hicieran grandes obras en el XV, en tiempos de Juan Arias Dávila, hace pensar en una intervención de Juan Guas.

Cerca de Sepúlveda, en un ameno soto, muy pacífico y nada guerrero, el castillo de Castilnovo levanta sus muros y torres de fábrica mixta por encima de los chopos. En su origen románico, fue sometido a una intensa reforma en tiempos de don Alvaro de Luna, quien le dio el aspecto actual.

En 1453 Juan II concedió permiso a don Alonso de Fonseca, arzobispo de Sevilla, para construir un castillo en la villa de Coca, uno de los edificios señeros de la arquitectura mudéjar militar. Rodeado por un profundo foso, sus muros de ladrillos de curioso aparejo están coronados por merlones de recortada silueta. La decoración esgrafiada y pintada recubría tanto el exterior como el interior, muy maltratado éste, que también se engalanaba con cerámica. En 1828 fue malvendido en piezas su patio renacentista de mármol.

## Las artes plásticas

Apenas quedan unos cuantos ejemplos de retablos medievales, los objetos en que mejor se define la plástica del momento, que hemos de suponer fueron más numerosos, ni nombre de artista creador de escuela. Al igual que en la arquitectura, la pintura y escultura comenzaron a florecer en la segunda mitad del siglo XV, período de expansión económica que favoreció la dotación de capillas y la importación de obras de arte, no en balde las de mejor calidad proceden del norte de Europa. Tal es el caso de los cuatro retablos del monasterio de San Antonio el Real en los que se describe con minuciosidad la pasión de Cristo. Las semejanzas en las actitudes, en la composición y en el plegado de paños, e incluso en el reflejo de lo cotidiano, con la pintura flamenca son extraordinarias. El de la iglesia fue repintado en el siglo XVII, encubriendo el dorado original. Obra tal vez realizada en los talleres locales es el de la capilla de los Herrera (San Martín), con Cristo camino del Calvario.

Más afortunadas que los retablos fueron las imágenes de la Virgen que los presidieron y que escaparon, por su especial significado para las gentes, de la renovación a que aquéllos se vieron sometidos con el paso del tiempo. Son muy numerosas y en ellas se puede seguir paso a paso la lenta evolución desde el hieratismo del románico a la ternura del gótico, sin que puedan precisarse con exactitud las fechas, pues, sobre todo en las más populares, los arcaísmos perduraron hasta el final del gótico. Casi todas aparecen en actitud sedente y muchas han llegado cercenadas. Son buenos ejemplares *Ntra. Sra. del Rosario* (Santo Tomé, Cuéllar) y *Ntra. Sra. de la Paz* (Segovia, catedral), una de las más hermosas imágenes francesas en Castilla.

No faltan los Calvarios y Crucificados, donde la persistencia de conceptos románicos es, si cabe, aún mayor, lo que les confiere un carácter más sagrado (Calvario de San Andrés, Cuéllar, del XIV).

Por lo que se refiere a la escultura en piedra, en directa relación con la arquitectura, abren la serie la portada y claustro del convento dominico de Santa María la Real de Nieva, con escenas de la Pasión y motivos sagrados y profanos respectivamente. Son de principios del XV y la más temprana y única manifestación del momento en toda la provincia. Fue a mediados del siglo, y en consonancia con la eclosión arquitectónica entonces acaecida, cuando surgió un taller escultórico en torno a la obra de Juan Guas. A su círculo corresponden la portada del crucero de Santa María del Parral y la occidental del convento de Santa Cruz, ésta con temas dominicanos y una Piedad a la que prestan adoración los propios Reyes Católicos. En 1486, Sebastián de Almonacid recibió el encargo de la portada del claustro de la catedral, también con la escena de la Piedad, en el tímpano, y múltiples figuras y elementos vegetales de acusado naturalismo. Mayor solemnidad consiguió en el apostolado que decora las jambas de las ventanas del presbiterio de El Parral, así como en la Anunciación de la portada, cuyo contrato está fechado en 1494. En la misma iglesia se encuentra el sepulcro de la condesa de Medellín, el de mayor interés entre los góticos.

Idéntico panorama nos es dado apreciar en la trayectoria de la pintura, con la ausencia casi total de tablas hasta mediados del siglo XV, lo que presta aún mayor interés a los restos de un retablo, del gótico lineal y excelente factura, de la iglesia de Santa María de Riaza, y al díptico, plagado de italianismos, firmado por Juan Fernández, en 1429 (Cuéllar, Ayuntamiento). Las clases pudientes se sintieron atraídas por la pintura flamenca, y el floreciente comercio facilitó la llegada de una buena colección, hoy perdida, que se



abría con *La Fuente de la Gracia*, del círculo de Van Eyck, otrora en El Parral (Museo del Prado), y se cerraba, ya en los albores del Renacimiento, con las tablas de Ambrosio Benson, antaño conocido como Maestro de Segovia, por guardarse aquí lo más significativo de su producción, tan lleno de resonancias leonardescas (*Tríptico del Descendimiento*, catedral de Segovia).

Al lado de esta pintura, de refinada técnica y calidad, los maestros locales de la escuela hispanoflamenca adolecen de primitivismo. Tal es el caso del Maestro de los Claveles (Museo Provincial, Palacio Episcopal, San Pedro de Gaillos) por su dibujo seco y quebrado. Más atemperados y mejores aquellos otros que Post diera a conocer a partir de la tabla de *La imposición de la casulla a San Ildefonso* (San Martín, Segovia): Maestro de las Once Mil Vírgenes, Maestro de Segovia o Maestro de El Parral, (*San Jerónimo en su estudio*, Museo Lázaro Galdiano).

En cuanto a la pintura mural, el grafismo gótico enlaza con la rigidez románica en las escenas de la Crucifixión del ábside de San Justo (Segovia). Llenas de candor narrativo como un tebeo, las que cuentan la historia del santo titular en San Vicente (Pelayos del Arroyo). Por la singularidad de su situación al exterior del edificio, hemos de mencionar las del atrio de San Martín (Segovia).

Por último, cabe referirse a los zócalos de tradición hispanomusulmana, de gran desarrollo en la ciudad, cuya historia empieza en el románico y finaliza ya muy avanzado el siglo XVI. De mejor o peor calidad, depende del comitente, adornan las estancias de las casas segovianas y destacan sobremanera los de la Torre de Hércules, de grandes recuadros con dibujos geométricos rojos sobre blanco alternando con otros de escenas figuradas. Especial relieve llegó a alcanzar este sistema en el castillo de Coca, en que se recubrieron las paredes y pintaron las bóvedas.

Cuéllar. La iglesia del convento de Santa Clara es un claro exponente de la persistencia de la arquitectura hontañonesa en la provincia. ►



Ambrosio Benson, «El Descendimiento». Capilla de La Piedad, en la Catedral.